

Construcción y estado actual del campo de la LIJ en Argentina_____María Elena Leiza

Ponencia leída en la Mesa Redonda "Libros y Diversidades Estéticas"
Seminario Internacional de Promoción de la Lectura – *Placer de Leer*
Encuentros con la Literatura.
Fundación C&A – CEDILIJ. Buenos Aires, Argentina, octubre 2008.

Quiero agradecer primero a la organización por haberme invitado y permitirme compartir con todos ustedes el avance del proyecto de investigación sobre la constitución del campo de la literatura infantil y juvenil en la Argentina, porque acontece que en realidad los investigadores universitarios, una vez que terminamos el proyecto, que va al evaluador externo, que nos dicen muy bien 10 felicitado, o regular, lo hizo más o menos, esos productos duermen en los cajones de las secretarías de investigación. Así que es un gusto, un placer y un privilegio poder dar a conocer lo que el grupo que dirijo ha podido avanzar, aunque sea un poquito, en esto.

Expondremos las perspectivas teóricas que nos permiten afirmar que en la segunda mitad del siglo pasado se dieron las condiciones sociales y culturales que permitieron el surgimiento de un campo cultural específico, como lo es el que comprende a la literatura para la infancia en nuestro país. En principio, debemos referirnos a la configuración de nuestro objeto de investigación, la constitución del campo de la LIJ en la Argentina, planteada ésta como una compleja operación en la que se incluyen instituciones de producción, procesos de lectura y de canalización, intervenciones del Estado, operaciones mercantiles y el diverso mundo de los mediadores. O sea, que en el momento actual de acercamiento al objeto, es necesario visualizar las relaciones que se establecen desde el punto de vista epistémico y disciplinar e incluso ideológico entre el objeto literario y el proceso histórico, como lo afirma Rosas, esto es a qué denominaremos literatura infantil y juvenil en el contexto de nuestra investigación.

La primera precisión corresponde a que no abarcaremos la abundante producción de narrativa folclórica en sus versiones, su escritura, sus adaptaciones que

tengan origen en la fuente folclórica. Tampoco hemos mirado el objeto en término de propiedades esenciales en busca de la especificidad de la literatura que lo determina. Nuestra postura está cercana a una mirada amplia y abarcadora que permita incluir las producciones portadoras de una codificación múltiple a la que contribuye el discurso literario y las propuestas de diseño y la plástica, tal como ocurre en gran parte de las ediciones destinadas a los chicos y que se definen como libro-álbum, así como hemos construido nuestro objeto en la interacción de las instituciones donde se produce y circula, donde se lo estudia y se difunde, y en los ámbitos de formación de su público lector. Todo esto enmarcado en la presencia o ausencia del Estado como gran regulador de los discursos que se producen y que se acallan dentro de la sociedad. Y para visualizar la interacción fue necesario formular una historización del campo ya que no existe en el país estudio previo del proceso de constitución que permitiera dar respuesta a nuestros interrogantes, qué períodos, grupos o instituciones se fueron dibujando desde que apareció **Cuentos de la selva** de Horacio Quiroga, o **Las Torres de Nuremberg** de Juan Sebastián Tallon, dos escritores pioneros en escribir con solvencia esta literatura.

Construimos entonces un catálogo extenso y abierto utilizando numerosos rastreos parciales, trabajos publicados sobre títulos de algunos periódicos, registros de numerosas instituciones, folletos editoriales. También buscamos en bibliotecas públicas, privadas y escolares. En fin, mediante un trabajo de tipo artesanal pudimos conocer quién y cuándo se produjo para poder indagar con posterioridad cuál era su público, qué instituciones fueron portadoras, difusoras y legitimadoras de la LIJ, y qué relaciones fueron dándose al interior de ese espacio cultural, cuáles fueron las alianzas, los conflictos, las operaciones de búsqueda y conservación de poder, tanto simbólico como económico, que se discute en este campo.

Para obtener ese entramado nos fue de mucha utilidad mirar las décadas anteriores al lapso de nuestra investigación. No sólo las editoriales y los textos, sino también acercarnos a recorridos en esas lejanas lecturas que aparecieron en reportajes y entrevistas, tanto a escritores como a especialistas y a docentes a través de sus historias de lectura. Esta investigación nos permitió una especie de reconstrucción de las lecturas de antaño.

Tanto si los ámbitos de circulación fueran las bibliotecas públicas o las hogareñas, pudimos también percibir hasta qué punto se alteró la forma de concebir el discurso literario para chicos a partir de la irrupción de María Elena Walsh en la cultura

argentina en el momento de búsqueda, de rupturas, de rebeldía y de mucha creatividad como lo fueron las década de los años sesenta y parte de la de los setenta. También en esta última década se produjeron los primeros movimientos institucionales para estudiar y difundir, hacer visible esta literatura: nos referimos al Instituto Bernasconi y al SUMA, y a la Secretaría de Extensión de la Universidad de Córdoba. Los dos primeros concentraban por entonces, aunque en pequeña escala, la difusión y la teorización sobre la literatura infantil con la impronta que le proporcionaran Dora Pastoriza de Etchebarne y Marta Salotti, cuyas obras fueron publicadas por la editorial Kapelusz y Guadalupe, respectivamente. En cambio, los seminarios organizados entre 1969 y 1972 por la universidad cordobesa tuvieron en cierta forma un carácter fundacional, dado que por primera vez la academia se abría a la consideración de un género marginal.

Este espacio de encuentro y debate contribuyó a instalar una nueva forma de entender la LIJ y posibilitó la discusión sobre los medios de comunicación y su relación con el público infantil. En este escenario se discutirá públicamente a través de sus referentes: la doctora Etchebarne y la por entonces joven escritora Laura Devetach que sustentaban una posición herética, se discutirá, digo, la relación entre literatura e infancia. Relación que ambas concebían desde puntos de vista opuestos, tanto desde lo estético como desde lo ideológico. La segunda mitad de los años setenta estuvo ensombrecida en el marco de la dictadura militar, la que también influyó sobre este espacio, aparentemente ingenuo, utilizando los mecanismos de persecución, censura y destrucción que la caracterizaron, resultando paradigmático lo acontecido con algunos escritores, con algunas editoriales. La prohibición de **La torre de Cubos** de Devetach, y **Un elefante ocupa mucho espacio** de Bornemann, son sólo dos ejemplos de esto. Pero es importante porque así se decidió la dicotomía entre lo publicable y lo no publicable que perfiló nuestro objeto por aquellos años.

La proyección de lo prohibido y de lo permitido dentro del mundo editorial puede ejemplificarse con la persecución que sufrió el Centro Editor de América Latina, el CEAL, por un extremo, y Plus Ultra, por el otro. Así, en estos años y los subsiguientes podrá verse cómo algunos escritores se autoexcluirán de publicar en aquellas editoriales cuyos proyectos no los representaban, haciéndolo en cambio en emprendimientos menos conservadores o nuevos como Colihue y los Libros del Quirquincho, por ejemplo, cuya ideología estaba más cercana a la propia.

Pero el objeto de nuestra investigación recién puede cobrar visibilidad social

con la intervención decidida del Estado Nacional, a través de la Dirección Nacional del Libro en los períodos 1986-1989. El plan Leer es crecer fue un intento provechoso para difundir y expandir las tareas expresivas y artísticas, pero afectando sobre todo a la literatura infantil.

Este plan puso en contacto, por primera vez, a nivel planificado y nacional, autores, libros, difusores y lectores logrando en su accionar consecuencias benéficas y perdurables para el campo. Diseñó una forma artesanal de promoción, posibilitó el surgimiento de nuevas editoriales dispuestas a publicar autores nuevos para una literatura desestructurada y cuyo límite era ella misma, y dio lugar a que los propios escritores difundieran en múltiples jornadas esa estructura del sentimiento, según el decir de Williams, que fuera propia de la formación que ellos mismos estaban gestando.

Es así que tenían una forma en común de concebir la institución infancia y bregaban por la renovación temática y formal de la literatura, y tuvieron en Graciela Montes la escritora necesaria para agrupar, convocar, crear editoriales, básicamente para ocupar en conjunto el espacio simbólico y económico que estaban discutiendo. Esto es: a la profusa producción de ficciones se le suman sus trabajos editoriales, básicamente direcciones de colecciones, fundación de editoriales, traducción de obras europeas pertenecientes al campo de la literatura infantil y juvenil, en la relación de todo esto con la escuela.

Tal variada gama de funciones fortificará la producción del campo, posibilitará la profesionalización del escritor y abrirá nuevos espacios de poder al integrar la comisión directiva de ALIJA. Pero, sobre todo, terminará construyendo su público lector. La literatura infantil en esta época irá gradualmente encontrando su lugar dentro de la institución escolar. Es así como, para bien o para mal, desde los años ochenta, los textos literarios para niños en la Argentina tienen doble destinación: llegan a él, y luego será el joven a través de la escuela lo que implica unos ciertos condicionamientos de circulación, unas sujeciones a las normas instituidas por una tradición escolar acerca de la utilidad y el aprovechamiento de todo discurso que se genera en su interior. Es decir que esta literatura construyó la doble destinación: pasa por el mediador docente para llegar a su lector empírico.

En la década siguiente, la institución de los productores de los años ochenta siguió brindando una cantidad de obras ficcionales importantes, pero el centro del

poder fue cambiado por el factor externo. Ya no fueron los escritores y su entusiasmo militante los que ocuparon ese centro sino el mercado, el cual, en una operación de múltiples estrategias, pasó a ser la fuerza que usará, discutirá y aprovechará el camino recorrido en los años anteriores.

De esta manera, ya no son los escritores los que dirigen colecciones o fundan editoriales; tampoco la LIJ ocupa el centro del plan social. El Estado ha determinado que la lectura circula en manuales, en textos varios, coherente con las reformas curriculares en la discutida Ley Federal de Educación. La literatura pasa a ser un discurso más entre los discursos sociales que hay que enseñar. Favorecida con esta política estatal que propiciaba la apertura de la economía, la competencia del mercado, los grupos transnacionales se apuraron a comprar editoriales, importar textos ya invendibles en su metrópolis, operando exitosamente para la destrucción de la industria editorial argentina. Así lo explica claramente la crítica española Ana Garralón: “Sólo se mueve aquello que ha tenido un rotundo éxito. Si en España resultaba difícil dar difusión a autores latinoamericanos, con esta estrategia las editoriales le aseguran sólo la difusión y la promoción dentro de su país. Las consecuencias de ello son una gran producción, las editoriales locales también se ven obligadas a ellos, con algunas excepciones, y un deterioro de la calidad, pues deja de ser considerada un criterio”. Repito: “La calidad ha dejado de ser considerada un criterio”.

Superada la época menemista nada volverá a ser igual. El gobierno de la Alianza intenta la campaña de lectura del año 2000, evidenciando en ella que las políticas de focalización y achicamiento siguen vigentes y que el Estado ha sido envuelto en la compleja red burocrática que aplicara la gestión anterior. La conversión del país en un sistema educativo fragmentado, inconexo, con la aplicación de políticas que favorezcan la lectura decidirá sobre los logros del efímero período de aquella campaña.

Hasta aquí lo observado sobre la construcción del campo de la LIJ, posible a través de luchas, disidencias, alternancias en los espacios de poder que los agentes mismos cimentaron.

Estamos a fines de los años veinte, aparece como totalmente configurado, tiene las instituciones que fue construyendo y que funcionan a pleno. Sin duda, la medular, la de los escritores. Pero el que decide el destino de las producciones

generadas por los actores es indudablemente el mercado. Por lo tanto, es éste el que hoy centraliza el poder; bajo su arbitrio es posible no sólo la reproducción sino la renovación, o la conservación de las formas escriturarias: la distribución, la descatalogación de lo que no se vende rápido y la reimpresión obsesiva de los éxitos. El mercado, además, ocupa el lugar de la legitimación; la moda de organizar concursos editoriales cuyos premios son publicados en los respectivos sellos permiten visualizar con certeza la debilidad de la institución de la crítica para este campo.

María Elena Leiza de Almada

Es Profesora en Castellano Literatura y Latín, INPS Paraná (Entre Ríos) y Máster en Escritura para Cine y TV por la Universidad Autónoma de Barcelona. Desde 1987 es Profesora Titular en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional del Comahue del Área Lengua y Literatura. Dicta Literatura Infantil y su Didáctica y Seminario de Literatura de la Licenciatura en Enseñanza Primaria; es Directora del Centro de Propagación Patagónico de Literatura Infantil y Juvenil - Ce.Pro.Pa.LIJ- Ha dirigido y codirigido numerosos proyectos y programas de extensión y varias investigaciones sobre la LIJ y su didáctica. Se desempeñó como Especialista en el Plan de Lectura de la Provincia de Neuquén hasta el año 2007. Ha sido jurado en diferentes concursos literarios y docentes. Participa como expositora y conferencista en congresos nacionales e internacionales de la especialidad. Es autora de numerosos trabajos publicados en España, Uruguay, Colombia y Argentina y coautora de los libros *Entre libros I*; *El texto literario* y *Entre libros y lectores II*; *Promoción de la lectura* en Lugar Editorial. y *Encuentros 15 años del Ce.Pro.Pa.Lij* en 2005.